

Guillermo Feliú Cruz

Caracterización de la obra histórica de D. Domingo Amunátegui Solar (1)

Al terminar la primera mitad del siglo XIX, la influencia de Andrés Bello en la dirección superior de los estudios universitarios, creó en nuestra literatura un género que sería con el tiempo el nervio principal de ella. La Universidad hizo nuestra historiografía por mandato expreso de su ley fundamental, que estableció que, anualmente, los miembros de algunas de sus facultades, principalmente los de la de Filosofía y Humanidades, deberían presentar una memoria histórica sobre algún suceso importante ocurrido en la vida nacional. Esa disposición habría sido letra muerta, si Bello no la hubiera animado constantemente, e influido, con su prestigio, para hacerla cumplir. Y así los primeros historiadores nacionales son productos de la Universidad. Benavente, Tocornal, García Reyes, Lastarria, Sanfuentes, Salas, Santa María, Concha y Toro, Errázuriz, los hermanos Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna fueron impulsados por Bello, por la ley universitaria, a escribir nuestros anales. Pero el cáraqueño no sólo se contentó con hacer cumplir la disposición del estatuto de la Universidad. Su espíritu profundamente normativo aspiraba a dejar establecida una doctrina en el género de la composición historiográfica, es decir, quería que las memorias históricas escritas bajo los auspicios de la Universidad fueran concebidas bajo una

(1) Ensayo leído en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile con ocasión del cincuentenario de la fundación de ese Instituto, en el homenaje rendido a don Domingo Amunátegui Solar, profesor fundador y segundo Director de ese establecimiento, el día 24 de Agosto de 1939.

sería investigación documental. Comprendía aquel humanista, dotado de un fuerte espíritu filosófico, que la juventud prefería una elegante divagación a una compulsiva severa de los hechos. Para Bello ya había sido un anuncio de lo que sería esta tendencia, la primera memoria presentada al cuerpo que él presidía, por don José Victorino Lastarria intitulada *Investigaciones sobre la influencia social de la conquista y del sistema colonial de los españoles en Chile*, (1844) y por eso, cuando los jóvenes historiadores buscaban su consejo y su opinión acerca de sus obras, aprovechaba esos momentos para recalcar los beneficios de una investigación directa en las fuentes documentales, como un medio de llegar al conocimiento completo del pasado, sentir su ambiente, impregnarse de las modalidades del tiempo, hasta percibir aquello que parece impalpable, ya que no es otra cosa el espíritu que alentó la vida en una circunstancia dada. ¡Hechos y hechos!, decía Bello a sus discípulos. Quería que éstos fueran expuestos con claridad y con un método de derivación capaz de iluminar, por la propia fuerza de ellos, el cuadro de lo que fué.

Benavente y Tocornal, Sanfuentes y García Reyes, recibieron sus consejos, y deben ser considerados como sus primeros discípulos del criterio histórico de Bello. Por otra parte, el caraqueño comenzaba a dudar de los resultados de la escuela que él proclamaba. Un espíritu rebelde y audaz, hombre de concepciones propias, dotado de un fuerte y vigoroso criterio, imbuído en las ideas sociales más avanzadas de su tiempo y en quien comenzaban a vislumbrarse los destellos del sociólogo, contravenía la actitud intelectual de Bello. Era Lastarria. En 1844, con ocasión de la primera memoria histórica suya presentada a la Universidad, había intentado, apresuradamente, una síntesis filosófica del período del coloniaje, algo desmadrada, sin mayor base en el asidero del documento, pero profundamente interesante por las ideas originales del autor. Bello saludó ese trabajo como un esfuerzo brillante y se cuidó de no discutir el sistema de Lastarria. Algunos años más tarde, cuando la influencia del autor de la *Historia constitucional del Medio Siglo*, irradia sobre toda la juventud, y aparece como un émulo del Rector de la Universidad, un émulo de avanzada, entonces Bello, para salvar su método, lo expone y lo hace público. Y lo divulga cuando aquél da a luz otra memoria universitaria, el *Bosquejo histórico de la Constitución del Gobierno de Chile durante el primer período de la Revolución desde 1810*

hasta 1814 (1847). En los artículos que llevan por título *Sobre el modo de escribir la historia*, Bello expuso su concepción sobre la manera de escribirla, sobre las bases en que debe fundamentarse, y por qué, en un pueblo, joven e incipiente como el nuestro, la primera operación del conocimiento histórico debe emanar de una valorización previa del carácter crítico de los documentos y de los cronistas primitivos. Esos artículos derivaron después hacia una polémica, que se ha hecho clásica, y que es como la raíz del método historiográfico que prevalecerá en lo sucesivo.

El triunfo de Bello fué completo, y señaló la doctrina del porvenir: la historia de Chile se escribirá de acuerdo con los métodos de la tendencia analítica; la erudición más sólida y seria será su base de granito. Sobre ese material de roca se edificará. Después vendrán las interpretaciones y las síntesis luminosas. Por entonces era necesario echar los cimientos.

Amunátegui, Miguel Luis, Barros Arana y Vicuña Mackenna, los tres historiadores más esclarecidos del siglo XIX, los verdaderos creadores de la literatura histórica nacional, fueron discípulos de Bello en su concepción histórica. Los tres pertenecían a la escuela liberal, y los tres hicieron de los principios proclamados por el humanista, un verdadero culto a la reciedumbre de la investigación. Pero entre esos tres escritores se notan diferencias sustanciales en la manera de interpretar la historia. Para Amunátegui, tiene un valor social; para Barros Arana es puramente una ordenación metódica de conocimientos eruditos admirablemente comprobados; para Vicuña Mackenna, es el hombre quien realiza y quien mueve los hechos sociales.

Quiero acentuar el punto de vista histórico de Miguel Luis Amunátegui, por la relación que tiene en la interpretación de la historia, como un fenómeno social, con la obra de su hijo el señor Amunátegui Solar. El autor de *Los Precursores de la Independencia*, de *La Crónica de 1810* y del *Descubrimiento y Conquista de Chile*, y, todavía, de *La Dictadura de O'Higgins*, evidencia en esos libros la fuerza del medio social como conductor de nuevas ideas y sentimientos que transforman, violentamente a veces, en forma tranquila en otras, las más fuertes resistencias morales e intelectuales, las barreras económicas más poderosas, merced a la fuerza espiritual que anida en un grupo de hombres imbuidos por el sentido ordinariamente incomprendido del valor de la ley del progreso. En el señor Amunátegui

Solar veremos como estas concepciones se amplían en el estudio de nuestras instituciones coloniales.

La herencia de Miguel Luis Amunátegui, de Barros Arana y de Vicuña Mackenna, debía prolongarse todavía hasta nuestro siglo. Fueron, a su vez, discípulos de esos insignes trabajadores intelectuales, en cuanto al método, Crescente Errázuriz, Gonzalo Bulnes, José Toribio Medina y el señor Amunátegui Solar. Todos ellos son hijos del pasado siglo, entre el término de la primera y la segunda mitad; recibieron en las aulas lecciones directas de los que habían sido alumnos de Bello; pero la obra literaria que les ha dado rango en nuestras letras y que los coloca como continuadores de la tradición histórica nacional, ha sido escrita en nuestra época. Por lo menos, una parte considerable de ella, ha sido concebida y ejecutada en nuestro tiempo. Y del propio modo que se observan tendencias diferentes en la concepción histórica de los tres maestros antes nombrados, en los que acabamos de nombrar, también existen esas diferencias, debiendo advertirse, de una vez por todas, que el método de investigación sigue siempre la línea proclamada por Bello, sostenida brillantemente por los fundadores de nuestra historia y perpetuada por los cuatro autores antes nombrados. Errázuriz hizo la crónica fidedigna de la conquista y de los primeros años del coloniaje, exposición fría y documentada hasta la saciedad. Bulnes se dedicó a la historia militar de la República en sus períodos de expansión: la Escuadra Libertadora, las campañas del Ejército en el Perú, al mando de San Martín y de Bolívar; la Expedición del Ejército Restaurador contra la Confederación Perú - Boliviana y, por último, el fin de esa expansión, en la Guerra del Pacífico. Medina es ya escritor de otras dimensiones: su labor histórica y bibliográfica comprende todo el continente americano: desde los viajes de descubrimiento, las instituciones coloniales y el inventario prolijo de la introducción y desarrollo de la imprenta en las antiguas colonias españolas, hasta que éstas se constituyen en estados independientes, todo eso realizado dentro de un concepto de la más pura y absoluta rigurosidad de la escuela erudita.

La obra del señor Amunátegui es vasta, en su plan. Se la puede clasificar en tres órdenes o géneros de estudios: Los que se refieren, en primer término, a la historia de la enseñanza nacional; los que dicen relación, en seguida, con la historia de la evolución social de Chile; y aquellos que constituyen sus apor-

tes personales a la investigación de la historia literaria de nuestro desenvolvimiento intelectual. No sería posible, además, negarle su título de biógrafo ni de crítico histórico.

Así, de acuerdo con esta clasificación, es el historiador de la enseñanza nacional durante el período de la independencia y de los primeros cincuenta años de la República. (Y nótese que otro medio siglo de historia la hace él personalmente con su acción en el profesorado, en la Dirección del Instituto Pedagógico, en el Consejo de Instrucción Pública, en el Decanato de la Facultad de Filosofía y Humanidades, en el Rectorado de la Universidad, como Ministro de Educación Pública, y hasta hoy como Delegado del Gobierno ante el Consejo Universitario. Por una parte, pues, el señor Amunátegui Solar ha estudiado en las mejores fuentes la evolución de nuestra enseñanza en libros de un valor permanente, y, por otra, ha contribuído a esa misma historia con su dedicación para servirla.)

Los libros que el señor Amunátegui Solar ha consagrado a las materia de que hablamos, son varios: *Páginas sueltas* (1889), especie de miscelánea, donde los temas de educación ocupan un lugar preferente; *Los Primeros años del Instituto Nacional* (1889), historia prolijamente documentada del primer colegio de educación secundaria de Chile desde que fué fundado en 1813, hasta el año 1835. Para el conocimiento de la cultura nacional del primer tercio del siglo XIX, este libro del señor Amunátegui Solar es de un valor inapreciable, y no ya sólo para ese período, ya que en la introducción el autor ha debido referirse a los colegios coloniales tales como la Academia de San Luis y el Colegio de San Carlos, los antecesores naturales, por decirlo así, del Instituto. Gemelo de este libro es otro intitulado *El Instituto Nacional bajo los rectorados de don Manuel Montt, don Francisco Puente y don Antonio Varas*, historia de un decenio de la vida institutana, desde 1835 a 1845, y que es otro trazo de la cultura chilena. Montt y Varas son los ejes fundamentales de esa obra, y es admirable observar como esos dos hombres, formados en la escuela de una niñez adversa a los halagos de la fortuna, sintieron por la educación un respeto casi religioso. Ninguno de los dos fué un maestro, en el exacto sentido de la palabra: demasiado severo Montt, la inflexibilidad del carácter lo hacía poco apropiado para formar la inteligencia de los niños en esa comprensión cordial que nace en el Maestro al contacto de las almas puras y llenas de ideales, de la juventud. Varas era lo mismo, y acaso de una dureza mayor que la de Montt.

Pero, no obstante todo ello ¿podrán negárseles a esos dos hombres sus extraordinarias condiciones de organizadores? A Montt, ¿su anhelo de hacer del colegio la escuela de una democracia construída en la cultura? A Varas, ¿sus preocupaciones por modificar los planes de estudio del Instituto para hacer que éstos fueran más eficaces en el logro de las conquistas que de ellos esperaba?

Dos libros más del señor Amunátegui Solar completan sus estudios sobre la historia de la educación: *La enseñanza del Estado* (1894), y *El sistema de Lancaster en Chile* (1895), investigación seria y prolija de los ensayos realizados en Chile para introducir aquel famoso sistema de educación de los monitores en los primeros tiempos de la república. Todavía, dentro de esta serie de estudios sobre la instrucción pública, o si se quiere de la cultura nacional, debería citarse el ensayo que lleva por título *Don Manuel Montt y el sabio Bello* (1898).

Hemos dicho que la tendencia histórica de los libros de Miguel Luis Amunátegui es buscar la explicación de los fenómenos sociales como emanados de una fuerza espiritual irresistible. Impalpables, a veces, los hechos sociales por su continuidad y permanencia, pasan desapercibidos, como el desgaste que el viento hace en las montañas, o el agua que insensiblemente da formas al granito al arrastrarlo a su albedrío. Se necesita de una aguda percepción psicológica para que el historiador no pierda los hilos por donde se desbandan esas fuerzas espirituales y sepa hallarlas transformadas en otras aspiraciones. La interpretación de esos matices requiere, además, un pensamiento filosófico que ordinariamente no es un don del historiador de la escuela erudita en que se ha formado la nuestra. Miguel Luis Amunátegui en *Los Precursores de la Independencia de Chile* (1870) y en *La Crónica de 1810* (1876) desarrolló magistralmente el valor de los hechos sociales como fuerzas renovadoras de la colectividad.

El señor Amunátegui Solar se ha sentido siempre atraído a este género de cuestiones, acaso como consecuencia de su herencia intelectual. Dos libros fundamentales, de los cuales no puede prescindir ningún historiador que desee penetrar seriamente en el desenvolvimiento social de Chile, acreditan al señor Amunátegui Solar como jefe de esta escuela histórico-sociológica, si se me permite la expresión. Uno de ellos lleva por título *La sociedad chilena en el siglo XVIII. Mayorazgos y títulos de Castilla* (1901). Las bases para el estudio del conoci-

miento de nuestra sociedad, en el momento en que una inmigración de origen vasco, sobria, de buen sentido, honrada, trabajadora y sin imaginación, va a desplazar los elementos tradicionales de las antiguas estratas sociales, se encuentran documentalmente expuestas en esta obra del señor Amunátegui Solar que, sin violentar el adjetivo, me atrevo a declarar monumental, así por su investigación como también por el sólido criterio que preside la composición del libro.

El mayorazgo, aparte del rango social que concedía en un ambiente jerarquizado por los hábitos y tendencias del espíritu monárquico tradicional, envuelve una cuestión de mayor gravedad. Representa, en la miserable economía nacional de Chile, una parte esencial de su historia. La posesión de la tierra hizo fuerte a la aristocracia y le permitió ejercer sobre el pueblo un dominio y un control absoluto. Ligada esa aristocracia entre sí por alianzas sucesivas de familia, dueña del comercio agrícola, el único posible que dejaba florecer la Corona de Castilla, formó ella una oligarquía férreamente unida, con capacidad de mando, con sentido de la responsabilidad, imbuída de un alto patriotismo; pero con limitaciones profundas para comprender cuales deberían ser sus deberes para con el pueblo que oprimía, y al que consideraba como a los pobres siervos de la Edad Media. Dominaba por el factor económico de la posesión de la tierra y será el propio señor Amunátegui Solar quien nos describa en otro libro, en la *Historia Social de Chile*, como al exvincularse los mayorazgos en el Gobierno de Manuel Montt, por ley de 21 de Julio de 1857, la influencia social, política y económica de la aristocracia colonial, desapareció casi súbitamente. Ahí muere.

La constitución agrícola de la sociedad chilena del siglo XVIII, debía tentar al señor Amunátegui Solar a emprender una obra complementaria de aquélla, aunque, con más propiedad, debía llamársele su antecedente. Es el otro libro a que me referiré no hace mucho, y que lleva por título *Las Encomiendas indígenas de Chile* (1909). Dejemos de mano, por un momento, el carácter y el régimen de ese contrato bilateral establecido por la Corona de Castilla que se llama la encomienda, el encomendero y el encomendado y que prosperó en Chile, como en América, en forma bárbara y despiadada, para plantear las grandes cuestiones de interés general permanente que el señor Amunátegui Solar desarrolla en este libro con una verdadera penetración filosófica, y anotemos el espíritu de revisión y de

crítica que se desprende de estas páginas. El autor rompe con las concepciones clásicas contrarias a España sobre el sistema de colonización ideado por la Corona para probar algo que es ya una observación vulgar, porque los conceptos del señor Amunátegui Solar se han difundido plenamente. Y para ello compara dos regímenes colonizadores: el castellano y el inglés. En el primero, el español, por un sentimiento religioso natural y espontáneo, atrajo a su lado al indígena haciéndolo formar parte de sus empresas, se unió a sus mujeres y en ellas engendró hijos que siempre consideró como suyos. Fué cruel hasta la barbarie, cuando las necesidades del trabajo para subsistir y las veleidades del aborigen, le impusieron el rigor. Procuró convertirlo al cristianismo como un medio de civilizarlo; se esforzó en agrupar al indio en pequeñas reducciones. No entraba en la mística del conquistador la destrucción de la raza aborigen. Nadie niega las crueldades del español; nadie su codicia ni su soberbia. Contra esos males velaba la corona de Castilla, y ahí están las sabias disposiciones de las *Leyes de Indias*, las leyes sociales de ese tiempo, que atendían al trabajo del menor, al de la mujer embarazada, a la del anciano, al abrigo, techo, comida y salario del indio. Disponían todavía de la atención que debía darse al cultivo del espíritu de esos infelices; a su enseñanza religiosa y a la de las primeras letras. Burladas siempre esas disposiciones, la monarquía otras tantas, volvía sobre ellas.

Tal es, en resumen, el método español. El inglés es mucho más despiadado. No quiso mezclarse con el aborigen por el concepto de superioridad de raza. No lo utilizó en el trabajo y propendió siempre a destruir al natural. «La historia — dice el señor Amunátegui Solar — no puede menos de condenar el frío egoísmo de los ingleses, que han visto morir impasibles durante tres siglos una raza entera, sin ofrecer a sus individuos socorro de ninguna clase, ni menos aun, darles asiento, como habría sido justo, en el banquete de su alta civilización.» Y en este paralelo resume la actitud de las dos razas colonizadoras: «Ni los protestantes que poblaron la América del Norte se hallaban dotados de tan gran rectitud de alma que no admitieran todas las esclavitudes humanas desde la del negro del Africa hasta la del blanco de Europa, ni los soldados españoles de la conquista, a pesar de sus crueldades en los primeros siglos, condenaron en absoluto «con su desprecio envilecedor» a los indígenas, puesto que trataron siempre de reunirlos en poblaciones

y de convertirlos a la fe cristiana, los asociaron a sus trabajos y mezclaron con ellos su sangre.»

Volvamos ahora a la encomienda. «El objeto principal de las encomiendas del Nuevo Mundo — dice el señor Amunátegui Solar — no fué por cierto proteger las colonias de agresiones extranjeras, sino adueñarse por este medio de los países americanos, sometiendo a los naturales a la obediencia del Rey de España, y sirviéndose personalmente de ellos con el fin de fundar ciudades, construir casas y servicios domésticos. En los feudos de la Edad Media los siervos y los villanos pertenecían a la misma raza de los señores; en nuestra encomienda no sucedía igual cosa, y la inferioridad de los indígenas de América explicaba los crueles tratamientos de que eran víctimas por parte de los españoles. Los feudos, por último, llegaron a ser hereditarios en Europa; mientras que las encomiendas de América, sólo se concedían por dos vidas, la del agraciado y la del sucesor inmediato.» La encomienda permitió el arraigo del español en América, y así el mismo autor escribe: «las encomiendas de indígenas con que los gobernadores españoles agraciaban a sus soldados más valientes en recompensa por sus fatigas en las campañas, y de las cuales aprovechaban éstos para extraer oro y cultivar sus tierras, desde el principio arraigaron a los europeos en nuestro suelo, no sólo por las ganancias que ellos obtenían en los lavaderos, sino también por el cariño que empezaron a sentir en sus rudos corazones hacia un país que les pagaba con creces sus afanes, en forma de espléndidas cosechas y de numerosos rebaños.»

El hecho es perfectamente cierto; pero, además, la encomienda fué la célula principal del pueblo chileno. Nació en ella, y allí prosperó para esparcirse por la ciudad como artesano y obrero cuando el crecimiento de éstas fué haciendo necesaria una mayor afluencia de trabajadores.

El señor Amunátegui Solar estima que la abolición de las encomiendas en Chile fué parte a producir la independenciamiento y cree encontrar en ella una de sus causas principales: contribuyó, sin embargo, a desinteresar a muchas familias ricas del mantenimiento del gobierno español. Y este resultado debe extrañarnos tanto menos cuanto que, hemos visto nacer a la República del Brasil muy poco después de la abolición de la esclavitud de los negros, proclamada por el Emperador.»

Concluyamos con este libro, el más sólido, sin duda, del señor Amunátegui y que goza en Europa y en América de justa

fama y aprecio, para referirnos a otro del mismo género intitulado *Un soldado de la conquista de Chile* (1898) en el que estudia la vida de Pedro Cortés Monroy, y traza la genealogía de sus descendientes y en el que estudia también prolijamente los antecedentes del título nobiliario de Marqués de Piedra Blanca de Huana.

Las Encomiendas de Indígenas y Los Mayorazgos y Títulos de Castilla, capacitaban al señor Amunátegui Solar para trazar una síntesis de nuestra evolución social. Con los materiales que ya había acumulado y con las observaciones que en esos dos libros dejaba avanzadas, el autor estaba en las mejores condiciones para intentarlo. Pero este libro es de fecha muy posterior al que llevan esos otros dos, y se puede decir que de ayer. Apareció en 1932 con el nombre de *Historia Social de Chile*. ¿Cómo entiende el señor Amunátegui Solar el concepto de historia social? Gráfico y objetivo, lo define así en el prólogo: «la historia de las clases populares, de los modestos labriegos, de los artesanos, de los empleados domésticos, de los obreros; en otros términos, de los que no tienen apellido, de aquellos que llevan una vida obscura en la choza campesina o en el conventillo de la ciudad; en contraposición de «la historia de los gobiernos, de las instituciones, de los hombres notables, de las principales familias». La obra toda respira un gesto de protesta; el señor Amunátegui Solar, liberal de tradición, de una escuela doctrinaria firme e inflexible, ha ido con los años, la experiencia y el mayor caudal de lecturas y de reflexiones, tomando una actitud cada vez más avanzada y de una casi violenta condenación para el régimen social en que le ha tocado vivir. Siente las injusticias y se rebela contra ellas. Esto le honra. A una edad en que siempre se está más próximo a regresar hacia el pasado por un fenómeno de reacción psicológica, el señor Amunátegui Solar se encuentra mejor en la barricada del presente que no en la añoranza de lo que fué. Es por esta razón que dentro de un criterio sereno, cual debe ser el de un historiador, la *Historia Social de Chile* expone los errores de la clase alta en la atención de los intereses populares, y las lecciones que de sus páginas se desprenden, ojalá sirvan de severa lección a los estadistas actuales y del futuro.

La historia de la literatura chilena ha proporcionado al señor Amunátegui Solar desvelos tan considerables como cualquiera otro de sus mejores libros. La ha estudiado en sus orígenes coloniales, en su desarrollo en el siglo XIX y, por último,

en los autores contemporáneos del presente siglo. En la parte colonial, el señor Amunátegui Solar se ha apartado del criterio clásico seguido por los autores que han tratado del asunto. Por historia de la literatura colonial de Chile ¿debe entenderse el estudio de los autores nacidos en Chile, o el de los españoles que escribieron en el país o que estuvieron en él y trataron asuntos chilenos? El señor Amunátegui Solar considera como autores coloniales sólo a escritores nacidos en Chile, y así reduce a sus justas proporciones la verdadera interpretación de la cuestión. *El Bosquejo* que sobre tal particular dió a luz en 1920, después de revisar la obra de cada uno de los coloniales entra en una serie de correcciones del más alto interés. Con el mismo título y en el mismo año, el señor Amunátegui Solar publicó un grueso volumen dedicado a juzgar los diversos géneros literarios cultivados por los escritores nacionales en el siglo XIX, y que constituye el único tratado completo hasta hoy. El autor llegaba en ese tomo al año 1900, y después, en 1936, ha estudiado los autores contemporáneos en un tomo que lleva por título *Las letras chilenas*.

Debería referirme al biógrafo y al historiador de algunas instituciones coloniales, como los Cabildos de Santiago, La Serena y Concepción, y aun al crítico de fuentes documentales; pero bien comprenderéis, señores, que esto ya excede a mi propósito, que no era otro que mostrar lo fundamental de la obra histórica de don Domingo Amunátegui Solar. ¿En cuánto tiempo el historiador ha realizado su empresa? La comenzó en 1876 con un trabajo que lleva por título, «La condición del mérito es la lucha», hace sesenta y tres años y bien podría decirse al señor Amunátegui Solar parodiando su afirmación de entonces: «la condición del mérito es el trabajo y la constancia.»